

23- ¿Y cómo iba a hacerlo?

Levy no había pegado ojo en toda la noche; en cambio la muchacha había dormido como un tronco sobre su regazo. Cuando ella despertó, se percató que le había babeado un poco la pernera del pantalón.

—Se secará. —La chica estiró los dedos con la intención de refregar la mancha húmeda, pero al alcanzar la tela debió avergonzarse por toquetearlo y retiró la mano.

Seguía siendo Numa, expresiva y espontánea: y él exhaló un suspiro de alivio.

La noche que habían compartido en el cobertizo del observatorio ornitológico había sido larga, la más larga de la vida del inspector. A la muchacha le había entrado sueño tras la charla, ¡era tan fácil hablar con ella! Sentía que podía contarle cualquier cosa. **En la comisaría lo admiraban y envidiaban a partes iguales, en su día a día tenía que competir con una manada de hienas. Y de amigos... tenía más bien pocos, podía enumerarlos con los dedos de una mano, y le sobraban bastantes. Incluso la subinspectora Jasmín se dirigía a él en lenguaje honorífico, a pesar de conocerse desde niños. En cambio, Numa lo trataba con tal naturalidad y desenfado que lo desarmaban.**

Fue al poco de que la chica se hubiera dormido cuando a él le habían asaltado las tinieblas. ¿Y si se había equivocado con los priones infecciosos y ella se convertía en un engendro? No era el miedo a qué lo mordiera lo que tanto le había aterrado, sino la posibilidad de tener que cumplir la promesa que le había hecho al híbrido. Si llegaba el momento, no sería capaz de hacerlo, no podría matarla; aunque tampoco podría dejarla vagando como un animal maldito por aquel bosque.

Si ella se transformaba tendría que acarrear las consecuencias de su decisión el resto de su vida. Durante la noche se le habían empañado los ojos de lágrimas varias veces. ¿Y cómo iba a matarla? No podía usar la pistola *Inicia*, estaba programada para no ser disparada contra ella. Tampoco podía usar el arma paralizante de los Servicios Internos, pues no era mortífera. Así que solo le quedaba una opción repulsiva: golpearle la cabeza con una piedra. ¿Y cómo iba a hacerle eso a la muchacha dulce de ojos grandes? No era capaz, no podría soportarlo. A ella no. Se había estremecido solo con pensarlo.

¿Acaso Lantida sería capaz de hacerlo? Seguro que sí, la amaba tanto como para no dejar que se convirtiera en un monstruo. Levy jamás se había sentido tan cobarde. Había deseado que cualquier otra persona ocupara el lugar de la muchacha, incluso había pensado en nombres concretos; hubiera cambiado cualquier vida por la de ella.

—Tengo mucha hambre. —Numa estiró los brazos, desperezándose—. ¡Lo que daría por un buen desayuno! ¿Sabes lo que me zamparía ahora? Un plato de mini piñas rosadas con algas hiziki y un par de *bagels* calentitos.

—Creo que yo también pediría lo mismo.

Estaba tan cansado y hambriento, y a la vez tan feliz porque las tinieblas se hubieran disipado con la luz del sol. Numa estaba a su lado, llena de vida. ¿Habría perecido algún conocido a cambio de ella? ¡Bah! Tampoco creía en el karma.

—Es la primera vez que dices que tienes hambre —sonrió ella—, pensaba que solo ingerías manjares atmosféricos.

—Pues ahora me comería un *bagel*.

—Lo tienes difícil, en este bosque no hay ninguna máquina expendedora ni café publicitario. —La chica se levantó y ojeó por el hueco de observación—. ¿Crees que los engendros aún nos buscan?

—Según Lantida son seres nocturnos. —El hatok se alzó, casi llegaba al techo del cobertizo—. Necesitamos comida y agua, tendremos que salir ahí fuera, no nos queda otra.

Levy mordió el fruto de una *Garcinia dulcis*. La pulpa amarilla tenía consistencia mantecosa y un sabor ácido bastante agradable:

—No está mal.

Una gota se le escurrió por la comisura de los labios y se la enjuagó con el dorso de la mano.

—¿Qué quieres que te diga? Preferiría unos *bagels* crujientes. —Numa lanzó el hueso de uno de esos frutos al suelo.

—No te quejes tanto, que al menos hemos hallado algo para comer. —El chico pegó otro mordisco—. Te prometo que cuando encontremos civilización te invito a todo lo que quieras.

—Tú lo has dicho. —Los ojos de la muchacha brillaron chispeantes—. Voy a pedir un montón de cosas a parte de los *bagels*: gyozas de shisho, un refresco de *Spirulina*, helado de lima salada y... —Se rascó la barbilla, pensativa.

Todo le sonó delicioso. Deseó probar aquellos manjares sólidos que con tanta pasión le describía Numa. En Kiqûit se había acostumbrado a la inmediatez de la comida

atmosférica, pero en aquel bosque el tiempo transcurría a una velocidad distinta, como si no importaran los minutos.

—¿Has probado alguna vez los blinis de kumquat con... —La mandíbula de la chica cayó abierta.

Levy se giró para ver qué era lo que llamaba su atención. Algo emergió entre el follaje de la *Garcinia*: el rostro terroso de un engendro se asomó entre los frutos amarillos. Mostraba un hundimiento en la parte occipital del cráneo, y un agujero muy desagradable en la mejilla que dejaba entrever el interior de la cavidad bucal. Era un ser enorme, de unos tres metros de altura, un gigante.

Levy descargó la pistola paralizante contra el engendro descomunal, pero el ser siguió moviéndose, no lo afectó en absoluto. El arma estaba programada para un hatok de complejión mediana, ese ser pesaría tres veces más.

—*Inicia* —gritó la chica, y alzó su pistola con una determinación que sorprendió al inspector, se estaba endureciendo.

—No dispaes, Numa. Atraerás a más. ¡Corre!

Trotaron entre los árboles, sorteando los obstáculos. Levy se movía veloz; pero con el camino así de angosto la muchacha no llegaría muy lejos.

El engendro descomunal emitió un aullido desgarrador que se expandió por todo el bosque. Otros de esos seres se unieron a la persecución.

Un pedrusco del tamaño de un puño cayó justo delante del inspector. Esas bestias los estaban atacando. Deberían avanzar más rápido, ya que con cada zancada el gigante disminuía la distancia entre ellos.

Solo había una manera de dejarlo atrás: tomar el camino con mayor desnivel negativo. Así, Numa sería más rápida; su cuerpo era ágil pero no estaba entrenado.

Pendiente abajo, ella resultó más eficiente. En cambio, los monstruos sufrieron las consecuencias de su falta de coordinación: se volvieron más patosos, alguno resbaló por el terreno arcilloso y otro de esos seres se dio de bruces contra un árbol.

De pronto, una lluvia de guijarros cayó sobre ellos. Guijarros, sí, significaba que el río estaba cerca. Podía oír el rumor del agua agitada y viva. Los engendros no lo cruzarían, por eso que quedaban delimitados al bosque.

—¡Vamos! —la alentó Levy—. El río está cerca.

El inspector escuchó el fluir del agua a pocos metros, ya estaban. Unos pasos y... Levy paró en seco al borde del acantilado: había un precipicio de unos cuatro metros de altura sobre un río ancho y caudaloso.

—Saltaremos —anunció.

A medida que la chica se acercaba sus pupilas se fueron dilatando hasta límites insospechados:

—¿Qué?!

—Dame la mano. —El hatok extendió la suya—. No voy a soltarte.

La muchacha se giró y comprobó cómo cinco de esos depredadores se precipitaban hacia ellos, incluido el engendro descomunal. Vaciló un segundo antes de agarrar la mano del chico. Él se la estrechó, pero en el último momento los dedos de Numa se escurrieron. Saltó solo por el acantilado.

Levy se hundió en el agua helada, giró y volteó entre un remolino de burbujas. Resurgió en la superficie; en lo alto del precipicio estaba ella, acorralada por esas bestias.

—¡Numa! —La voz del hatok se impuso sobre el rugido del agua.

Escuchó varios disparos, era imposible que ella pudiera matarlos a todos, apenas había disparado 15 o 20 veces en toda su vida, tan solo era una principiante.

—¡Salta! —se desgañitó él.

La corriente empezó a arrastrarlo; pero el inspector no braceó, absorto con lo que sucedía allí arriba.

La chica se había situado en el borde del acantilado, y se balanceaba con los talones. El engendro descomunal se lanzó hacia ella como una fiera. Numa se apartó en el último instante y el monstruo se precipitó por el abismo. Su cuerpo golpeó el agua con un estruendo, y se hundió. Levy deseó que no reflotara hasta al cabo de 3 días.

El río, de elevada sinuosidad, transportaba algunos troncos de árboles, junto a hojas y sedimentos. El agua era arenosa y olía a tierra fresca. El inspector nadó en contra del torrente furioso. Tuvo que luchar para mantener la cabeza sobre la superficie.

Alzó la vista, pudo distinguir la silueta de la chica corriendo al límite del acantilado. Sus pies bailaban por las rocas arcillosas mientras un par de engendros le pisaban los talones. Uno de esos seres alargó una de sus múltiples manos y la atrapó por la tela de la sudadera. Ella sacudió la espalda y el monstruo se despeñó.

Numa le hizo una seña a Levy con el pulgar. ¿Que estaba bien? Condenada muchacha...

La corriente rabiosa zambulló al hatok. Él Intentó impulsarse hacia arriba, pero la fuerza inexorable del agua lo arremetió hacia el fondo. Los desperdicios que arrastraba el río lo golpeaban. Iba a morir ahogado. Las ramas de un árbol entero le azotaron las piernas. Logró agarrarse a una. Por fortuna, el tronco se giró y salió a flote.

Tras un meandro, el árbol embarrancó en la orilla opuesta. El inspector avanzó por el tronco hasta tocar unas rocas resbaladizas con las puntas de los pies. ¿Dónde estaba Numa? Por un momento le pareció escuchar las aspas de un helitrans, sobrevolándolos. Observó el cielo, pero no vio nada.

Levy se dejó caer sobre la orilla. Oteó la tierra recortada del acantilado. Ella no estaba y se le heló el corazón. ¿Y si se había caído por el barranco? ¡A veces podía ser tan testaruda e impulsiva!

El chico tosió y escupió agua.

—¿Necesitas que te haga el boca-boca? —Numa lo sorprendió por la espalda.

A Levy se le escapó una sonrisa, puede que por oír su voz o por la insinuación:

—¿Por dónde has cruzado?

—Había un puente más abajo. —La chica señaló el cauce del río—. Bueno, en realidad solo eran dos cuerdas. —Se sentó a su lado—. Era para acróbatas, ¿a quién se le ocurre?

—Se llama puente mono. —El hatok se pasó los dedos por el pelo mojado—. Eres una imprudente.

—Pues mira quien ha acabado empapado. —La chica sonrió de forma traviesa—. ¿El agua estaba fría?

—¿Tú que crees? —Levy le salpicó con los dedos.

—¡Para! —Numa alzó la mano contra el pecho de él.

El hatok se inclinó sobre ella y le sujetó la cara con ambos pulgares. El sol acarició la tez de la muchacha, su rostro de un dorado pálido brillaba por las gotas de agua. Pero había algo raro en ella, como si detrás de ese fulgor se escondieran unas pecas en la zona de la nariz y pómulos. Sus ojos no eran castaños del todo: los bordes exteriores del iris tenían una tonalidad verde. Le pareció hermosa, y eso que desde allí no podía apreciar la parte de su anatomía hacia donde él solía desviar la mirada: la curvatura lumbar. Tenía un ángulo perfecto de 45 grados.

Se acercó más a ella y entró en el espacio gravitacional de sus labios. Sintió la atracción irrefrenable hacia su boca. Numa abrió los ojos de par en par. Mejor, él también se había sorprendido cuando ella lo había besado en el pasillo de los cereales del supermercado Gatsuri; aunque la chica lo había olvidado, con un poco de alcohol y una cápsula de Mente en Blanco.

Levy quería volver a experimentar la agitación en el pecho y sentir la gratificación en la corteza cerebral. Cuando estuvo a punto de rozar sus labios, escuchó el martilleo de un arma.

Ambos dirigieron la mirada hacia el sonido mecánico: un hatok de media edad los apuntaba con un fusil electromagnético. El hombre vestía una camisa estampada con hibiscos rojos y flamencos, nada discreta. El cabello aturquesado le llegaba hasta media espalda y en su rostro destacaba un mostacho con las puntas rizadas. Se dirigió a ellos con la voz teñida de desprecio:

—Los hatoks no besan.

Eso era en parte porque la mayoría no lo había probado.

—¿Pero qué dice? —Numa se incorporó con expresión ultrajada—. Aquí nadie se estaba besando.

Levy prefirió no decir nada, mentir no era lo suyo.

—Solo pretendía realizarle la respiración boca-boca, casi se ahoga en el río. —La chica levantó las manos en señal de rendición.

—¿Qué te ha pasado en la muñeca? —preguntó el hombre con el ojo pegado a la mirilla—. Te han mordido, ¿verdad?

—No, no. —El inspector dio la vuelta sobre sus rodillas, y se apostó entre ella y el arma—. Solo es un rasguño.

—Joven, apártese. Ella va a convertirse en un monstruo.

—¡No dispare! —El chico apretó la mandíbula y alzó las manos—. Las malformaciones son de nacimiento. Es imposible que...

La muchacha ignoró al inspector, se puso de pie y dio un paso al frente:

—Y además tengo la lepra.

El chico, aún de rodillas, la abrazó por la cintura, su ropa seguía empapada y le humedad traspasó la tela de ella, intuyendo su piel. Tiró de la muchacha para que volviera a sentarse:

—No puedes tener lepra, no es lepra. La lepra la causa una bacteria...

—Levy, eso ya da igual. No quiero que me crezca otra cabeza. —Numa lo empujó por los hombros para apartarlo—. **Vete, no tienes por qué ver esto.**

—Por favor. —Él respiró de forma entrecortada—. No lo hagas, aún hay tiempo.

El chico hundió el rostro en el vientre de ella, aferrándose a su cuerpo. Si antes en el río él se había jugado la vida por ella, ahora debía hacer algo atroz. Había tomado su decisión.

Levy se levantó y abrió los brazos, protegiéndola con su cuerpo:

—Aún no se ha convertido. —Su vista se volvió borrosa, probablemente por las lágrimas que amenazan en caer—. Yo mismo la mataré cuando llegue el momento.

—No puedes decir por mí. —Numa le dio patadas y le golpeó la espalda.

Quizá la chica no quería esperar esa agonía; pero él no estaba preparado para perderla, no ahora. Necesitaba más tiempo, arañar al máximo. Era un egoísta, y de la peor clase: en ningún momento le había preguntado a ella lo que deseaba, porque le aterraba su respuesta.

El hombre seguía apuntándolos con el rifle electromagnético:

—Estaría muy bien, joven, si no fuera por eso que ha dicho de la lepra.

—No tiene lepra. ¿Cómo va a tenerla? Se erradicó en el 2023.

—¡Ya basta! —Numa se escurrió por debajo de su brazo—. ¿Cuánto tardaré en transformarme?

—¿Y cómo voy a saberlo? —El hatok del bigote se encogió de hombros.

—¿Pretende matarme sin tener ni idea?! —La ira irradió por cada uno de los poros de la piel de la muchacha—. ¡No es lo mismo un día que cinco años!

—Te pondremos en cuarentena. —El hombre lanzó una navaja de hoja corta cerca de los pies del inspector—. Tú te haces responsable de lo que le suceda.

Levy reconoció el filo ennegrecido de aquel cuchillo entre las piedras fangosas de la orilla: era el mismo con el que Lantida se defendió de los engendros la noche anterior.

—¿De dónde lo has sacado?

—La encontré entre los restos quemados de vuestra tienda.

—¿Quién eres? —inquirió el chico.

—Haces demasiadas preguntas, inspector.

—¿Has encontrado a Lantida? ¿Es él quién te ha enviado a buscarnos?

—¿Brett?! —preguntó ella con un halo de esperanza—. ¿Está bien?

—Caminad. —El hombre del mostacho indicó, con el cañón del arma, un sendero que discurría paralelo al río—. Tengo un compartimento aislado por una mampara en mi Helitrans. Servirá para la cuarentena.

—No puedo perder cuarenta días encerrada en una aeronave. Necesitamos encontrar a Brett y llegar a Pasoda.

—Sé dónde está el híbrido, pero ¿a Pasoda? No seas necia —escupió el hombre—. ¿No has oído lo que les hacen a los hatoks en la tierra de los Híbridos Libres? Les paralizan el cerebro. Ninguno se ha atrevido a entrar en los últimos cinco años.

—¿Qué sabrás tú si también eres hatok? —le recriminó ella, y con los brazos alzados emprendió el sendero.

—Porque soy el guardián de la Puerta de Sôrong.

—Podría usar a *Inicia* —susurró Numa a través de la mampara.

—¡Tss! —Levy colocó un dedo ante sus labios—. Es el guardián, solo él conoce el camino a Pasoda. No puedes dispararle. Además, tiene a Lantida, aún no nos ha dicho dónde está.

—No me cae bien. Estamos perdiendo el tiempo.

—Lo sé, no vas a transformarte. Son priones infecciosos.

—Ahora me preocupa más lo otro, la enfermedad de la estrella Aizen. Si no es lepra, ¿será viruela? —preguntó ella con la voz apenas audible.

—No hables de eso, si nos oye verás la que arma. —El inspector miró a sus espaldas—. Aguanta un poco, Numa.

—¿Qué hora es? —La chica apoyó la mano en el cristal de la mampara.

Él colocó la suya justo al otro lado:

—Te quedan 39 días 15 horas y 27 minutos.

—Qué largo va hacerse.

—Me lo dirás a mí —suspiró el inspector.

La muchacha parecía un guepardo encerrado, no paraba de dar vueltas alrededor de su jaula. El guardián le pasó la cena por una pequeña esclusa.

—¿Qué es? —Numa recogió el sobrecito plateado.

—Helado liofilizado.

—¡Otra vez!

—¿Pero tú que te crees, que esto es un restaurante?

—Llevo todo el día comiendo lo mismo. ¿Cuánto me falta?

—¡Cállate ya, chiquilla! —exclamó el hombre, desquiciado—. ¡No vuelvas a preguntarlo! Eres irritante.

—Quedan 39 días, 12 horas y 52 minutos. —dijo Levy—. Solo han pasado diez minutos desde la última vez que preguntaste.

Esa fue la táctica que empleó la muchacha. El guardián aguantó 1 día, 16 horas y 33 minutos. Después suspendió la cuarentena. Decidió apostar por la teoría de los priones infecciosos.

Numa apoyó la cabeza sobre el cristal de la ventana del helitrans. Levy se había sentado justo al lado y no paraba de lanzarle miradas fugaces.

—¿Puedes dejarme en paz? Ya te he dicho que estoy bien. —Ella se frotó la sien.

—Yo... lo siento.

—¿Por qué no te buscas otra butaca? —La chica señaló el fondo del vehículo—. Necesito un poco más de espacio.

El inspector se levantó y se dirigió hacia la otra ventanilla. Numa engulló el refresco de *Spirulina* que había depositado en la bandeja del reposabrazos, sintió como las burbujas se le clavaban en la garganta. Luego se acomodó entre los dos asientos:

—Me urge una ducha y una cama blanda.

—¿Quién te ha dicho a ti que te toca una cama? —El guardián de la Puerta de Sôrong manipuló los mandos del helitrans—. Somos cuatro, contando al híbrido; y en mi casa solo hay tres camas. A ti te toca el sofá.

—¡Eso no es justo! ¿Por qué yo?

—Porque eres la más corta, de estatura, me refiero.

¿Cuánto le desagradaba ese hombre de maneras adustas! ¿Qué culpa tenía ella que los demás fueran larguiruchos?

—Los jóvenes de hoy os quejáis por todo. No tenéis ni idea de lo que son penurias de verdad. —Se acicaló el bigote y observó a los chicos a través del cristal delantero

reflectante que permitía controlar a la vez el interior y el exterior de la aeronave—. Deberías haber visto a Lantida cuando lo encontré, estaba histérico. Tuve que darle un litro de tila y administrarle un programa tranquilizante. Ahora duerme en mi casa como un bebé.

—Guardián... —dijo el inspector.

—Llámame Zinc.

—¿Cuándo podremos cruzar la Puerta de Sôrong?

—¿Para qué queréis cruzarla?

—Llevamos un mensaje para la líder de los Híbridos Libres.

—¿Y cuál es el mensaje?

—¿Por qué íbamos a confiar en ti? —replicó Levy.

—Porque soy el...

Numa se puso de pie y se levantó la camiseta para mostrar el tatuaje de ocho puntas:

—Este es el mensaje: la estrella Aizen.

Zinc la contempló estupefacto a través del cristal espejado:

—¿De dónde lo has...

—Veo que lo has reconocido.

—Es el mismo tatuaje que tenía la Dama Negra, fue la antigua líder de los Híbridos Libres y madre de Rangédé. Decían que era la mujer más bella y poderosa de Pasoda. Su tez negra y brillante contrastaba con su cabello blanquecino. —Miró a la chica con ojos cansados—. Pero ella lucía la estrella en medio de la frente.

—¿Y cómo se distinguía el tatuaje si tenía la piel negra?

—¿Eso es lo único que te intriga, chiquilla?

—Curiosidad, solo. —Numa volvió a sentarse en la butaca y dio otro sorbo al refresco. Había algo que de verdad la intrigaba—: Has hablado de ella en pasado. ¿De qué enfermedad murió?

—¿Enfermedad?

—¿Viruela, lepra, VIH, cáncer quizá? —la chica enumeró la lista de enfermedades erradicadas con una serenidad que la sorprendió, aunque en realidad sentía la sangre recorrer sus arterias. Por fin sabría qué conllevaba la estrella Aizen.

—No murió de ninguna enfermedad. —El hombre tragó saliva—. La asesinaron, hace cinco años.

—¿Quién?

—Es obvio, ¿no? El mismo que te dio a ti este tatuaje. Cuando encontraron su cadáver, la estrella había desaparecido de su cuerpo.

A Numa le resbaló el envase de refresco de *Spirulina*. El líquido se derramó por el suelo del helitrans. Intentó recordar las palabras que el maestro Maalontola había escrito en la carta:

"Tenías razón, nadie debería elegir por nosotros, la libertad está en tus manos. Busca a Rangégé: la estrella le pertenece. M".

La estrella pertenecía a Rangédé porque antes le había correspondido a su madre. Puede que Maalontola se hubiera arrepentido y quisiera devolvérsela. Había usado a Numa de correo, y casi la matan solo por ser la mensajera. Todo parecía una simple rencilla personal. Pero, ¿había sido capaz el maestro de matar a la Dama Negra para conseguir el tatuaje? ¿Si no contenía ninguna enfermedad cuál era su poder? ¿Por qué el ejército había desplegado todos sus medios para eliminarla?